

Juan Valjean, por su parte, no sospechaba nada. Cosette, un poco menos soñadora que Mario, estaba alegre, y esto bastaba á Juan Valjean para ser feliz. Los pensamientos de Cosette, sus tiernas ilusiones, la imagen de Mario que llenaba su alma, no perjudicaban en nada á la pureza incomparable de su hermosa frente, casta y risueña. Se encontraba en la edad en que la virgen lleva el amor como el ángel la azucena, Juan Valjean estaba, pues, tranquilo.

Además, cuando dos amantes se entienden, todo va bien, y cualquier tercero que pudiera turbar su amor, está en una perfecta ceguera á causa de unas cuantas precauciones, siempre las mismas para todos los enamorados. Así, Cosette nunca hacía objeciones á Juan Valjean. ¿Quería pasear? Sí, padre mío. ¿Quería quedarse? Muy bien. ¿Quería pasar la noche al lado de Cosette? Ella lo celebraba.

Como Juan Valjean se retiraba siempre á las diez de la noche, estas noches no iba Mario al jardín hasta después de esta hora, cuando oía desde la calle que Cosette abría la puerta-ventana de la escalinata. No hay que decir que por el día no parecía Mario por allí. Juan Valjean no se acordaba ya ni de que existía

tal hombre. Sólo una vez, una mañana, le dijo á Cosette:

—¡Calla! ¡Cómo tienes la espalda de yeso!

La noche anterior, Mario, en un momento de transporte, había oprimido á Cosette contra la pared.

La vieja Santos, que se acostaba muy temprano, no pensaba más que en dormir después de concluido su trabajo, é ignoraba todo como Juan Valjean.

Mario no ponía nunca los piés en la casa. Cuando estaba con Cosette, se ocultaba en una rinconada cerca de la escalinata para que no le viesen ni oyesen desde la calle. Allí se sentaban, contentándose muchas veces con apretarse las manos veinte veces por minuto, mirando las ramas de los árboles. En aquellos momentos, aunque hubiera caído un rayo á treinta pasos de ellos, no lo habrían notado: de tal modo absorbía cada uno el profundo pensamiento del otro.\*

¡Pureza límpida! ¡Horas diáfanas, casi todas iguales! Esta clase de amor es una colección de hojas de azucena y de plumas de paloma.

Todo lo ancho del jardín los separaba de la calle. Cada vez que Mario entraba y salía, ajustaba cuidadosamente la barra de la verja, de modo que no se notaba nada.

Se iba habitualmente á media noche y se dirigía á casa de Courfeyrac. Este decía á Bahorel:

—¿Lo creerás? Mario se retira ahora, á la una de la mañana.

Bahorel respondía:

—¿Y qué quieres? Los seminaristas son siempre un petardo.

Algunas veces, Courfeyrac cruzaba los brazos, y, poniéndose serio, decía á Mario:

—¡Andáis perdido, joven!

Courfeyrac, hombre práctico, no veía con buenos



ojos este reflejo de un paraíso invisible en Mario: conocía muy poco las pasiones inéditas, se impacientaba y hacía frecuentes reflexiones á Mario para que volviese á lo real. Una mañana le dirigió esta pregunta:

—Querido, creo que vives en la Luna, reino del Delirio, provincia de la Ilusión, capital Bola de Jabón. Vamos, sé buen muchacho. ¿Quién es ella?

Pero no había medio de «hacer hablar» á Mario. Antes le hubieran arrancado las uñas que una de las tres sílabas sagradas que componían este nombre inefable: *Cosette*. El amor verdadero es luminoso como la aurora y silencioso como una tumba. Courfeyrac sólo había notado en Mario que tenía una taciturnidad esplendente.

En aquel alegre mes de mayo, Mario y Cosette descubrieron inmensas felicidades:

Reñir y llamarse de vos, sólo para llamarse después de tú con más placer;

Hablar largamente y con los más minuciosos detalles de personas que no les importaban nada absolutamente: nueva prueba de que en esa época seductora que se llama el amor, el libreto no es casi nada;

Para Mario, oír á Cosette hablar de trapos;

Para Cosette, oír á Mario hablar de política;

Oír con las rodillas juntas el ruido de los coches que pasaban por la calle de Babilonia;

Contemplar el mismo planeta en el cielo, ó el mismo gusano de luz en la tierra;

Callarse á un tiempo; placer mayor aún que el de hablar;

Etc., etc.

Sin embargo, se aproximaban algunas complicaciones.

Una noche que Mario iba á la cita por el boulevard de los Inválidos, con la cabeza inclinada, como

habitualmente, al volver la esquina de la calle Plumet, oyó decir á su lado:

—Buenas noches, señor Mario.

Levantó la cabeza y conoció á Eponina.

Esto le causó una impresión extraña.

Ni una sola vez había pensado en aquella muchacha desde el día en que le había llevado á la calle Plumet; no la había vuelto á ver y se había borrado por completo de su memoria. Tenía motivos para estarla agradecido y le debía su felicidad presente; sin embargo, le incomodó encontrarla.

Es un error creer que la pasión es pura cuando es feliz y que conduce al hombre á un estado de perfección; le conduce simplemente, como hemos dicho, al estado de olvido. En esta situación, el hombre se olvida de ser malo, pero se olvida también de ser bueno. El agradecimiento, el deber, los recuerdos esenciales é importunos desaparecen. En cualquier otro tiempo, Mario habría sido una cosa muy distinta para Eponina. Absorbido por Cosette, ni aún se había explicado claramente que aquella Eponina se llamaba Eponina Thenardier; que llevaba un nombre escrito en el testamento de su padre, el mismo nombre por que se hubiera sacrificado generosamente algunos meses antes. Presentamos á Mario tal como era: hasta el nombre de su padre desaparecía en algún modo bajo el esplendor de su amor. Respondió, pues, con algún embarazo:

—¡Ah! ¿Sois Eponina?

—¿Por qué me habláis de vos? ¿Os he hecho algo?

—No,—respondió él.

Es cierto que nada tenía contra ella: todo lo contrario. Pero conocía que no podía hacer otra cosa: llamando de tú á Cosette, debía tratar de vos á Eponina.



Como Mario se calló, le dijo Eponina:

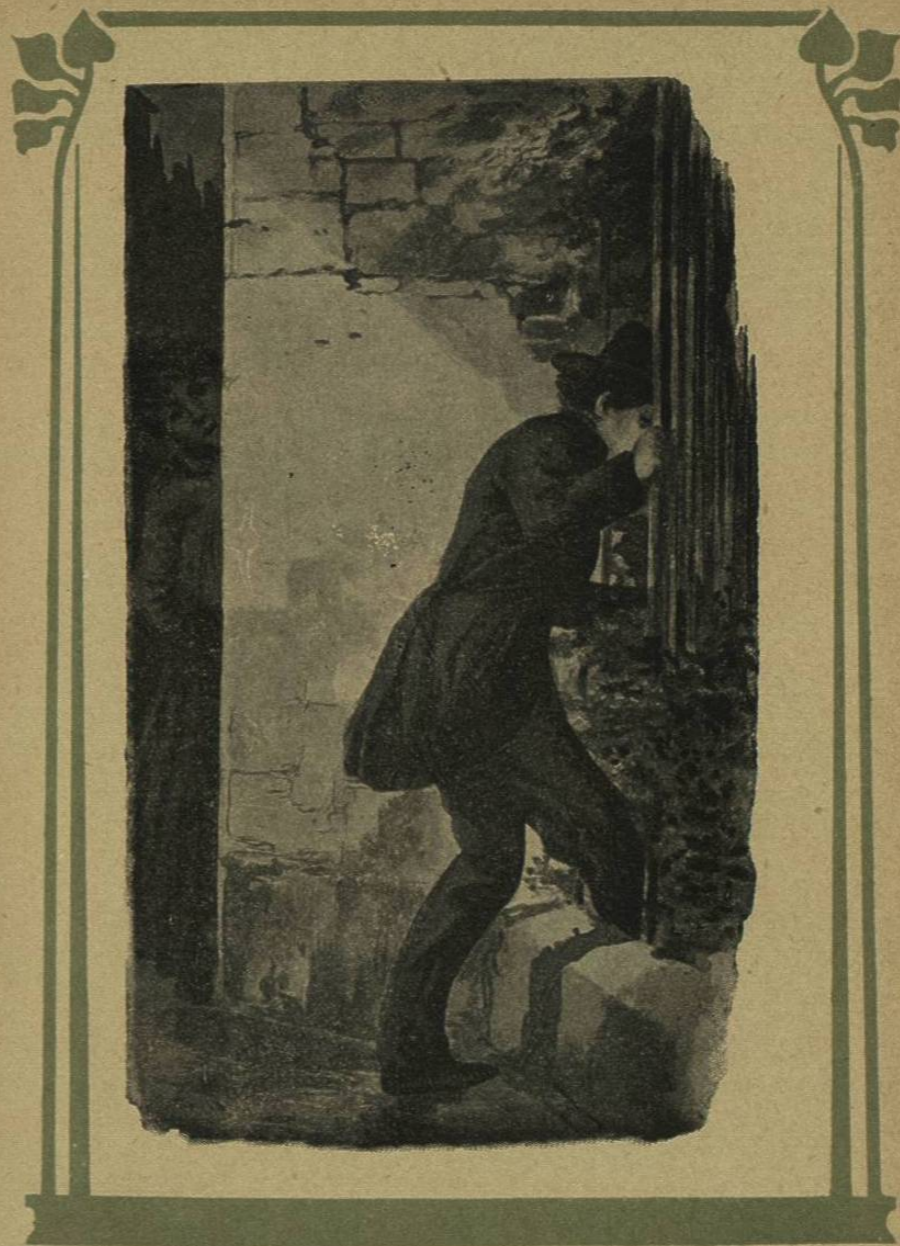
—Decid, pues...

Y se detuvo. Parecía que faltaban palabras á aquella criatura que había sido tan despreocupada y tan atrevida. Trató de sonreirse y no pudo.

—¿Y qué?...—volvió á decir.

Después se calló y bajó los ojos.

—Buenas noches, señor Mario,—dijo después de repente, y se fué.



... le vió separar el hierro de la verja y entrar en el jardín